

ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA



ANUARIO 32

LA PAZ - 2023

ANUARIO

32

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

2023

ANUARIO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA LENGUA
Correspondiente de la Real Española
Volumen 32-2023

Coordinador del Anuario

Hugo César Boero Kavlin

Concejo Editorial

Hugo César Boero Kavlin

Tatiana Alvarado Teodorika

José Roberto Arze

Blithz Lozada Pereira

Diseño de tapa

Alvaro Velasco Delgadillo

Diagramación

Fernando Alvarado Flores

Academia Boliviana de la Lengua

Correspondiente de la Real Academia Española

c/o Universidad de Aquino – Bolivia.

c. Cap. Ravelo. Pasaje Isaac Eduardo, 2643.

Casilla 12175. Teléfono: (591-2) 244-5381

Correo electrónico: aboldelalengua@gmail.com

Página web: www.academiadelalengua-bo.org

La Paz, Bolivia

Depósito Legal N° 4 -1-1828-2023

Impreso en Bolivia/ Printed in Bolivia

Impresión ecológica

© Derechos Reservados

Prohibida la reproducción total o parcial

La Paz – Bolivia 2023

Miguel de Cervantes, escritor paceño

Discurso de ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española¹

| Diego Valverde Villena

Excelentísima Sra. Directora de la Academia Boliviana de la Lengua, ilustres académicos, señor director del CCELP, señor coordinador de la Cooperación Española, señoras y señores.

Mis primeras palabras hoy son, necesariamente han de ser, de agradecimiento. De gratitud por la gran merced que se me hace, por el alto honor de compartir con todos ustedes, académicos, a quien desde hoy puedo llamar colegas, un lugar en la Academia.

Y no solo con los presentes, los actuales académicos, sino con los grandes del pasado –Óscar Cerruto, Gregorio Reynolds, tantos otros– que nos siguen acompañando, alentando e inspirando; que siguen junto a nosotros formando parte viva y vital de esta nuestra Academia que se va acercando gozosamente a los cien años.

La Academia es ejemplo de tradición viva. Rulfo lo mostró de manera clara al comenzar su discurso de ingreso en nuestra hermana Academia Mexicana con las mismas palabras con que había comenzado su discurso José Gorostiza 35 años antes, haciendo suyas las palabras de su predecesor en la silla XXXV. Unidos vamos avanzando, tradición y vanguardia de la mano, trabajando para que la lengua sea una flor siempre antigua y siempre nueva, que hunde sus raíces en lo más ancestral y renace única y virgen en cada palabra.

¹ Discurso de ingreso leído el 27 de julio de 2023, en el Centro Cultural de España.

Agradezco profundamente el voto de confianza que se me ha dado al otorgarme un fraterno sillón junto a los de todos ustedes. Una confianza que implica compartir una gran responsabilidad: la de celebrar y cuidar nuestra lengua común, la que nos hermana con todos los hispanohablantes; y, a la vez, la de cultivar y difundir las letras bolivianas y compartir nuestras peculiares variantes lingüísticas.

Gracias, pues, primeramente, a los académicos que me propusieron, el Dr. Mario Frías Infante y el Dr. Félix Alfonso del Granado Anaya; y, conjuntamente con ellos, gracias a todos ustedes, académicos que me eligieron y me acogieron en esta alta institución. Un agradecimiento muy especial va para el Dr. José Roberto Arze, quien generosamente ha querido darme hoy el espaldarazo para entrar en la caballería académica, al más puro estilo quijotesco.

Un honor añadido es el de ocupar el sillón U y tomar el relevo de Luis Ramiro Beltrán. Periodista, escritor y comunicólogo, sentó las bases de una concepción moderna y libre de la comunicación en nuestro país. Durante casi cuatro décadas el Dr. Beltrán llevó el buen nombre de Bolivia por todo el mundo: Perú, Costa Rica, Ecuador –donde fue Premio Nacional de Teatro– y Colombia –donde compiló una antología de poetas bolivianos–, entre otros países, supieron de su excepcional valía. Gracias a sus muchos méritos recibió el primer premio mundial de comunicación Marshall McLuhan, fue condecorado con el Cóndor de los Andes, la ciudad de Oruro lo nombró Hijo Predilecto, la Universidad Católica Boliviana creó en su honor la Cátedra de Comunicación «Luis Ramiro Beltrán» y fue Premio Nacional de Periodismo, entre otros muchos galardones, tanto en Bolivia como en el extranjero. Fue doctor *honoris causa* por cuatro universidades, consejero de la UNESCO y tuvo el honor de inaugurar el cargo de Defensor del Lector.

A todo esto se unen algunas circunstancias que lo hacen particularmente querido para mí. Fue jefe de redacción del diario *La Patria* de Oruro, periódico

en cuyo suplemento literario colaboro habitualmente con traducciones literarias y otros textos. Suyo es el guion de la que es posiblemente mi película boliviana favorita, *Vuelve Sebastiana*: una película llena de matices, inagotable, que nos deslumbra más cada vez que la vemos. Y, emblema del periodismo y la comunicación moderna en Bolivia, Luis Ramiro Beltrán comparte rubro con mi madre, Edith Villena Duchén, y con mi tío Johnny Villena Duchén, ambos periodistas de radio y televisión. Llevándolos dentro de mí, orgulloso de mi sangre potosina, recibo con ellos y de su mano el honor de este sillón U.

Miguel de Cervantes, escritor paceño

Alcalá de Henares tiene a gala ser la cuna de Miguel de Cervantes. A tal fin presenta el acta de bautismo de la parroquia de Santa María la Mayor, que certifica: «Domingo, nueve días del mes de octubre, año del Señor de mill e quinientos e quarenta e siete años, fue bautizado Miguel, hijo de Rodrigo Cervantes e su mujer doña Leonor. Bautizóle el reverendo señor Bartolomé Serrano, cura de Nuestra Señora. Testigos, Baltasar Vázquez, Sacristán, e yo, que le bapticé e firme de mi nombre. Bachiller Serrano».

Confiemos, pues, en el documento, y descartando que el sabio Frestón haya robado y cambiado los libros de la sacristía, aceptemos que es tan auténtico y verdadero como la partida de nacimiento de Pierre Menard –oriundo de Nîmes, como bien sabemos–.

Lo que no sabe todo el mundo –y debería saberse y conocerse más– es el hecho de que Cervantes *también* es paceño.

Dirán: ¿cómo se puede ser de dos sitios? Se puede. De dos y hasta de tres o quién sabe cuántos, según las vidas que nos sean dadas, según las vidas que la vida, el entendimiento o el corazón nos regalen. ¿Quién podrá afirmar con tajante seguridad de dónde es Maqroll el Gaviero, de dónde es Joseph Cartaphilus?

Alcalá de Henares es la patria chica de Cervantes de manera fortuita, por mero don del Destino. La ciudad tuvo esa gracia, sin necesidad de trabajar por merecerla. Realmente no sabemos con certeza en qué casa nació. La Casa de Cervantes que hoy se muestra al público es un edificio construido en el siglo XX siguiendo la traza de las casas alcalaínas tradicionales para que el espectador pueda hacerse una idea de cómo era la original.

(Sí es auténticamente cervantina la casa de Valladolid, que está al frente de la calle Licenciado Vidriera —¿se imaginan poder decir «vivo en la calle Licenciado Vidriera, 7», poder ponerlo en tu tarjeta, en tus cartas?—, muy cerca del Hospital de la Resurrección, donde los perros Cipión y Berganza llevaron a cabo su coloquio y novela).

Cervantes nació en Alcalá de Henares tal como nació en su familia y no en otra: es algo que le fue dado, que no decidió ni escogió. Pero sí hubo otros lugares a los que quiso libremente, tal como el corazón escoge cuando nos enamoramos. Lugares que eligió por decisión propia, por querencia, por escogencia, como tan bellamente dicen nuestros hermanos de la Nueva Granada.

Sus tres amores, sus tres destinos elegidos, estaban en América: Cartagena de Indias, la región del Soconusco, La Paz. ¿Y por qué esa preferencia ultramarina? Por una cuestión lógica: acá don Miguel se entiende con todo el mundo. Acá en cualquier pensión puede decir «pásame por favor la alcuza». En la Península lo mirarían con cara rara. El último que usó allá esa palabra fue Dámaso Alonso en su «Mujer con alcuza». ¿Y cuando Cervantes diga «su merced»? Se van a reír desde El Toboso a Madrid, o van a pensar que es un actor que anuncia el Corral de Comedias de Almagro. Pero en Chiquinquirá, en Tunja o en Villa de Leyva lo saludarán como a un parroquiano más. ¿Y si pregunta dónde hacen un buen jigote? En España van a pensar que está diciendo una mala palabra. Acá en La Paz le indicaremos de inmediato una

buena salteñería –como la que está en su propia calle, en Sopocachi–, porque manejamos con soltura y de manera cotidiana el Covarrubias, en el que se indica que gigote «es la carne asada, y picada menudo, y particularmente la pierna del carnero, por ser más a propósito, a causa de la mucha pulpa que tiene, es nombre francés *gigot*, que vale pierna». Y algún paceño, reconociendo a don Miguel y haciendo notar que ha leído las aventuras del ingenioso hidalgo, continuará citando el *Tesoro* con especial énfasis: «conviene a saber la que es muslo en el hombre, y así pienso que la palabra quixotes, que son el armadura que cae sobre el muslo, está corrompida de gigotes, armadura de los muslos, como la de la rodilla abajo se llaman grebas».

Los filólogos españoles actuales, para entender el lenguaje barroco del Siglo de Oro, necesitan una aclimatación, una preparación, como antaño la tenían en Sevilla quienes iban a venir a América –de ahí que hablemos con la *s* y digamos ‘durazno’ y no ‘melocotón’–. Nosotros, a este lado del mar, no necesitamos de ningún aprendizaje, porque vivimos directamente en el Barroco. En nuestro día a día están esas palabras; y no solo las palabras: también los giros y los dichos, y la manera de entender el mundo a través de metáforas y conceptos, como si aprendiéramos a leer con fragmentos de la *Agudeza*.

El tono y la cortesía nuestros también son barrocos, y tan sutiles y altos que asombran a los peninsulares. Cuando Ernesto Giménez Caballero recorrió el país, periplo del que da cuenta en su *Maravillosa, Bolivia (Clave de América)*, comentaba que en Potosí había recibido una carta que iba a conservar siempre como modelo de cortesía: «Se ve que en las almas, como en las calles de Potosí, sigue alentando un encanto aristocrático que ya no existe ni en España misma». A su paso por Santa Cruz comenta: «la lengua cruceña tiene giros de gracia cervantina. Yo no pude anotarlos. Pero he subrayado frases de *La Virgen de las siete calles* de Alfredo Flores». Y continúa observando que en

Tarija, en Trinidad, en Santa Cruz, hay coplas no recogidas por Rodríguez Marín que hubieran estremecido a Góngora e incluso a Aben Guzmán.

José Emilio Pacheco hablaba de una experiencia graciosa y muy reveladora cuando preparó en México una adaptación de *El cerco de Numancia*. Decía que había sido muy curioso, porque los actores pensaron que había introducido varios mexicanismos en el texto, lo que les daba mucha risa. Pacheco tuvo que explicarles que no había nada de eso, que se trataba de frases originales de don Miguel.

Acá, en América, Cervantes se encuentra en casa.

Y no solo él. Es acá donde los grandes del Siglo de Oro pueden hablar en su lengua cotidiana con sus pares modernos. Gonzalo Rojas departe feliz con su abuelo Quevedo, García Márquez escucha atento a los cronistas de Indias. Los poetas de la Generación del 27 reivindicaban a Góngora; pero Lezama Lima no recuerda para conmemorar: Lezama habla con Góngora con los mismos giros y donaires lingüísticos y de pensamiento, como con un hermano con el que comparte libros y mesa.

Cartagena de Indias erigió una estatua a don Miguel y la puso cerca del puerto para que pueda ver los barcos y comerse un sancocho de pescado con Alejandro Obregón, que quiere pintar el viento. El Soconusco, renombrado por su cacao, lo acoge en *La verdadera historia de un tal Miguel de Cervantes*, donde Antonio García de León lo imagina junto a su mulata Aldonza, su hija y su escudero indígena Mateo Cipactonal, un Cervantes que va convirtiéndose él mismo en un Quijote indiano entre lecturas y sueños en su casa de Ocelocalco.

Pero La Paz va más lejos.

La Paz es la que más atendió al llamado de Cervantes. La que más lo esperaba. La que quedó más triste cuando el Consejo de Indias denegó la petición cervantina. La que se enfrentó al decreto y comenzó a trabajar para traer a don Miguel a *su* ciudad.

(Quizá la ciudad lo estuvo llamando desde mucho tiempo antes de que el propio Cervantes pensara en venir. Según la leyenda, en Lepanto un escuadrón de ángeles bajó del cielo para combatir al lado de los españoles. ¿Y cuáles son los arcángeles arcabuceros sino los nuestros? ¿Acaso no sería natural que San Miguel ejerciera de buen santo patrón de Cervantes y enviara un destacamento de arcángeles para protegerlo, y que nuestros ángeles arcabuceros confundiesen a los turcos con sus ropajes vistosos y su fino español de Charcas?)

En cuanto Cervantes asoma por La Paz en los primeros *Quijotes*, los paceños lo reciben y lo adoptan. Tal como le sucedería a Álvaro Mutis cuando fue a Cádiz, los paisanos lo paran por la calle y le dicen: «Pero don Miguel, quédese, ¡si usted es de acá!» La Paz entera se vuelca en llamar a Cervantes, en prepararse para su hijo lejano. Así, la Biblioteca Municipal engalana sus vidrieras con Don Quijote. Walter Solón lo toma como símbolo y puebla la ciudad –y su propia vida– con un ejército de Quijotes. Jaime Saenz despliega sus magias simpáticas: coloca figuritas de Don Quijote en sus mesas de trabajo y rebautiza la constelación Monoceros como «Constelación Don Quijote». Ismael Sotomayor se convierte en un nuevo Alonso Quijano, viviendo rodeado de sus seis mil libros –entre ellos, cien ediciones del *Quijote*, según nos cuenta Saenz–, transformado él mismo en personaje de novela.

Lo que no hizo la Historia, lo consiguen los literatos. Gregorio Reynolds abre el camino a Cervantes con su «Loa al rey de las quimeras». José Enrique Viaña hace unas *Glosas a las páginas del Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*. Óscar Alfaro da cuenta de su presencia en el siglo XX. Sotomayor lo convoca en su «Cervantes en La Paz».

Nuestros colegas académicos van un paso más allá, hasta literalmente desfazer el entuerto del decreto: Raúl Botelho Gosálvez preparó *El corregidor Miguel de Cervantes en La Paz*; Guillermo Francovich, *Cervantes quiere ser corregidor de La Paz*; Néstor Taboada Terán, *Miguel de Cervantes*

Saavedra, corregidor perpetuo de La Paz, Casto Rojas hace unas *Conjeturas circunstanciales sobre Cervantes en un ambiente americano*; y Juan Francisco Bedregal, Director de nuestra Academia, en sus *Aventuras de Don Quijote en la ciudad de La Paz* reclama: «...si hay –como que no puede dejar de haber– justicia y acierto en los reyes que por la gracia de Dios reinan en el mundo, debió ser corregidor de esa ciudad el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra, que lo hubo solicitado al Rey nuestro Señor...».

Los gobernantes llevan por fin a cabo lo que propugnaron y predijeron los escritores y surge el Decreto Supremo N° 05607, que dice:

CONSIDERANDO:

Que don Miguel de Cervantes Saavedra, el insigne autor de «El Quijote», pidió al Rey de España en 21 de mayo de 1590, le fuera concedido el cargo, entonces vacante, de Corregidor de la Ciudad de La Paz;

Que el 6 de junio de 1590, el Consejo de Indias mediante su relator el Dr. Núñez Morquecho, negó la solicitud del glorioso soldado privándolo del justo premio a los relevantes servicios prestados a la defensa de la cristiandad;

Que, después, produjo una obra literaria que constituye el más alto monumento del idioma castellano y un motivo de legítimo orgullo para todos los países que hablan ese idioma;

Que, es justo y honroso rendirle homenaje inscribiendo su nombre entre los de aquellos que gobernaron la ciudad de La Paz e hicieron posible su adelanto;

DECRETA:

ARTÍCULO 1.- Confírmase el acuerdo tomado por la H. Alcaldía Municipal de La Paz nombrando Corregidor Perpetuo de la ciudad de La Paz a don Miguel de Cervantes Saavedra.

ARTÍCULO 2.- Señálase para el próximo 20 de octubre la ceremonia protocolar de investidura que de acuerdo a Ordenanza especial se realizará en la Honorable Alcaldía Municipal de la ciudad de La Paz.

Los señores Ministros de Estado en los Despachos de Gobierno, Justicia e Inmigración y de Educación y Bellas Artes, quedan encargados de la ejecución y cumplimiento del presente Decreto.

Dado en el Palacio de Gobierno de la ciudad de La Paz, a los dieciocho días del mes de octubre de mil novecientos sesenta años.

FDO. VICTOR PAZ ESTENSSORO, Cnl. E. Rivas Ugalde, Ministro de Gobierno, Justicia e Inmigración, José Fellman V., Ministro de Educación y B.A.

Corregidor perpetuo. Alcalde eterno. Ninguna ciudad en el mundo ha hecho jamás nada semejante por un escritor: entregarle las riendas de su Destino.

La ciudad poniéndose en manos del novelista para que la gobierne. Para que le confiera la coherencia y el sentido de una obra de arte. Para que la escriba, nos escriba y se escriba él mismo dentro de la ciudad. Para que las calles sean renglones y la ciudad se convierta en una novela eterna.

Tal como hacían los Duques en el *Quijote*, el presidente Paz Estenssoro pliega la realidad a la literatura. Sigue así el mandato de Novalis cuando decía «hay que romantizar el mundo».

Novalis, como buen romántico, es hijo de Cervantes y del *Quijote*. Es decir, del trasvase continuo de literatura y realidad –usando el término «realidad» con todas las comillas que quería Vladimir Nabokov–. Olvidamos a menudo que la palabra «romántico» viene de los romances medievales; que en varias lenguas se dice *roman* a las novelas. Los románticos son los que viven literariamente, los que escriben su vida y hacen de ella un arte.

Eso mismo es lo que hace don Quijote. Como nos reveló Gonzalo Torrente Ballester, Alonso Quijano no quiere ser un caballero andante: lo que quiere, fundamentalmente, es ser un personaje de novela, convertirse en literatura. La gran hazaña de Alonso Quijano es la de volverse don Quijote. Atreverse a hacer de sí un personaje, convertir su vida en novela.

Lector máximo, Alonso Quijano quiere hacerse libro. Cuando ha fatigado su biblioteca y ha leído todos los libros, da un paso más –el paso decisivo– y se convierte en libro para seguir leyendo, para seguir leyéndose.

Hay otro ejemplo de casi gobierno literario en nuestra América. Según se nos cuenta en *El hombre que será presidente*, libro soñado y no escrito por Borges y Enrique Fernández Latour, Macedonio Fernández se iba a postular a presidente de la Argentina. Norah Borges y otras conjuradas llenarían la ciudad –al estilo de los pasquines ultraístas– de tarjetitas con la frase «Macedonio Presidente». Todo quedó en broma, o en sueño, o en leyenda. Pero aquí en La Paz sí ocurrió: como si todos los paceños se hubieran alzado con la proclama «Cervantes Corregidor», se consiguió el empeño y tenemos a don Miguel para siempre con nosotros.

(Hay signos sutiles de que don Miguel está feliz con la idea. Una editorial argentina es afamada por albergar la obra de dos escritores de la doble estirpe

de Cervantes y de Alonso Quijano: Macedonio Fernández y Juan Carlos Onetti. La editorial, famosa por ellos, se llama Ediciones Corregidor).

Permítanme aquí una nota sobre un guiño del Destino, a la vez cervantino, criollo y académico. Mateo Alemán llegó a la Nueva España en agosto de 1608 con un libro-talismán en sus manos: un *Quijote*, uno de los tantísimos que llegaron a América, que fue uno de sus destinos más habituales. En esa misma flota viajaban más escritores: el novohispano Juan Ruiz de Alarcón, portento del teatro, y Bartolomé de Góngora que, años más tarde, tras ser corregidor de Atitalaquia, escribió *El corregidor sagaz*, tratado sobre el gobierno de Indias. Esa flota tan literaria, compuesta por 62 galeras, estaba al mando de don Lope Díez de Aux, gran marino que más tarde sería el primer virrey criollo, pues había nacido acá, en Charcas. Fue Virrey de la Nueva España y, en un giro novelesco de las misteriosas genealogías del Destino, su sucesor fue Diego López Pacheco, Marqués de Villena, cuyo hijo fue Juan Manuel Fernández Pacheco, fundador y primer director de la Real Academia Española.

Jorge Teillier observa que «curiosamente los poetas son buenos funcionarios». Dándole a don Miguel la gracia de poeta que no quiso darle el cielo, y utilizando el término en la acepción larga de «creador», podemos decir que Teillier acierta plenamente con él. Cervantes administra su corregimiento paceño con sabiduría, con comprensión profunda, con sutileza; y con el sentido común con que Sancho Panza gobernó la Ínsula Barataria. Las bondades de su hacer se llevan a cabo en secreto, inadvertidas para muchos. A veces se manifiestan de modos extraños, quizá no al momento pero sí en el momento oportuno. Se hacen presentes cada vez que alguien lee a Cervantes; cada vez que la literatura afina la realidad, la hace literaria para que todo en ella tenga sentido; cada vez que la amplía y la enriquece; cada vez que la literatura hace más real la realidad.

El territorio del corregimiento de Cervantes se hace cada vez mayor. Se va abriendo desde la ciudad de La Paz, se ensancha en el tiempo y en el espacio. Su perpetuidad avanza también hacia atrás, deshaciendo las frágiles fronteras del tiempo. Y su espacio va anexionando territorios que se ofrecen al paso literario de don Miguel.

(En todas partes piden las obras cervantinas, que llegan desde La Paz a todo lugar en sobres con estampillas que llevan la efigie de nuestro corregidor. Unas de 600 Bs (de 1961), color café oscuro, violeta y ocre; otras de 1400 Bs, café olivo, fondo verde, para correo aéreo).

Los primeros en solicitar a Cervantes que los incluya en su corregimiento son, como es natural, nuestros hermanos hispanoparlantes. Y todos empiezan a disputarse la preeminencia en la corte quijotesca. En la costa peruana dicen que allí se hicieron los primeros bailes y mascaradas basados en la historia de don Quijote, en la ciudad de Pausa, para las celebraciones por el nombramiento del Virrey Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, en 1607 –allí un participante en el papel de don Quijote vence en las justas y gana cuatro varas de raso morado—. Pero al norte, junto a Veracruz, en San Juan de Ulúa, dicen avistar ya en 1605 una «flota cervantina», llena a rebosar de los primeros ejemplares del *Quijote*. Amado Nervo y José Emilio Pacheco imaginan con deleite el citado arribo de Mateo Alemán a la Nueva España con un *Quijote* en la mano. En Popayán afirman que el árbol más antiguo de la ciudad tiene un ejemplar del *Quijote* entre sus raíces. En Guanajuato aseguran que allí está la tumba de don Quijote.

Pero no hay una preeminencia cervantina, ni temporal ni de raigambre: todos estamos allí a la vez, en el ahora eterno de la lectura real. Todos estamos invitados a la vez a la mesa de Cervantes, una mesa redonda que no tiene otra cabecera que el lugar donde se siente nuestro corregidor.

El Corregimiento Cervantino de La Paz se rebalsa de lecturas quijotescas y va dominando el orbe. Carlos Fuentes habla de su pasaporte doble mexicano

y manchego, siente profundamente esa pertenencia y la proclama así: «Abro el pasaporte y leo: Profesión: escritor, es decir, escudero de don Quijote». Y continúa, para explicarse y explicar esta maravilla: «¿Qué nombre nos nombra entonces? [...] Somos el territorio de La Mancha. [...] Nombre de una lengua e imaginación compartidas. Territorios de La Mancha, el más grande país del mundo».

Las lecturas quijotescas –es decir, la manera quijotesca de leer, en la que el lector unge su vida de literatura y se vuelve personaje– continúan su avance, siguen fertilizando el mundo. Y el corregimiento paceño de Cervantes se vuelve el mundo entero. Milan Kundera comprende la importancia de esto, de este nuestro Cervantes que es la máxima autoridad por siempre. En *El arte de la novela* lo dice repetidas veces, en un ejemplo doble de independencia y compromiso: «El novelista no tiene que rendirle cuentas a nadie, salvo a Cervantes».

(Kundera habría sido feliz en La Paz, la única ciudad del mundo cuyo principal mandatario es un novelista. Más aún: *el* novelista. De algún modo, Kundera vivió en La Paz, a través de su principal traductor del checo, Fernando de Valenzuela, que vivió en esta ciudad un buen tiempo, a quien pude agradecerle en persona la felicidad que me proporcionaron sus traducciones).

Siguiendo a Kundera, los escritores de varios lugares quieren el pasaporte del corregimiento paceño para viajar junto a don Quijote con documentos cervantinos. Thomas Mann lo usará para hacer un crucero trasatlántico con su *Quijote*. Pushkin lo lee en traducción francesa y empieza a estudiar español para leerlo en el original. Ismail Kadaré acompaña al ingenioso hidalgo por los Balcanes, donde todos tratan a don Quijote como a uno de los suyos.

Pero no solo los escritores. Los lectores de todo el mundo reciben su carta de naturaleza al sumergirse en el bautismo quijotesco.

Gabriel Zaid narra cómo se reconoció a sí mismo como *lector* solo tras la lectura del *Quijote*; o, más bien, su relectura. La primera lectura había sido escolar. Años después, en París, nos cuenta Zaid en tono de confesión, «en meses desolados, sumergido en una lengua extranjera [...] descubrí un *Quijote* y empecé a releerlo». Y ahí da el paso decisivo: «Me identificaba con el narrador, no con el protagonista. [...] Me reía de la novela y de mí [...]. La novela era yo».

No podemos saber si el *Quijote* es el libro más leído; pero muy posiblemente sea el más releído. Faulkner, Onetti y tantos otros lo releen cada cierto tiempo, cuando sus células cambian y con ellas su forma de leer. ¿Y por qué lo releen tanto? Porque, como todas las grandes obras, el *Quijote* no se acaba nunca: continúa expandiéndose en nuestro interior, sigue creciendo con nuestra vida.

Cervantes crea un nuevo tipo de lector: el que cruza el espejo de la página y une ambos mundos. El que vadea entre ambos mundos con naturalidad, integra de verdad lectura y vida, las entrelaza y entreteje. Ese lector *lee realmente* el *Quijote* y lo convierte en *su Quijote*. Como tal, puede añadirle capítulos, como hizo Juan Montalvo con sus *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. De igual modo actúa Saenz cuando escribe una añejería nueva y añade la hoja suelta a su ejemplar del libro de Sotomayor.

Ese lector también puede añadirle capítulos a la realidad general. Sabemos que los conquistadores llamaron California a la región recién descubierta porque encontraron en ella un paralelismo con la región descrita en las *Sergas de Esplandián*. Crearon realidad desde la literatura. Siglos después, en esa misma literaria California, el quijotesco Faulkner inventaba historias y anécdotas sobre Hollywood y Los Ángeles cuando era guía turístico. Y sus historias eran tan buenas que hoy los guías las siguen contando como verdaderas. La literatura, una vez más y siempre, nutriendo la vida.

Pero nada se iguala con La Paz y su corregidor perpetuo. Cervantes gobierna la ciudad con secretos hilos, con misteriosos renglones. Su estatua

preside la Plaza de España, en la que los niños van de la vendedora de maní a los helados de canela. Y unos pasos más allá, la calle Cervantes ejerce de secreta arteria literaria, rica en signos. En un extremo, la Plaza Adela Zamudio, que a su vez se abre en calles de poetas. En el otro, la calle Quintín Barrios, en la que Jaime Saenz fue feliz.

Y a lo largo de la calle, cuando sigue la vereda, el lector paseante encuentra en varias de las casas un arbusto aromático que ha visto en otra parte: en la Casa de Cervantes de Valladolid.

Desde ese secreto corazón de La Paz parten las ramas que unen los lugares cervantinos del mundo: todos los lugares en los que alguien está entrando en un libro para vivirlo, para leerlo y leerse. Para revivir, una y otra vez, el rito creador de la lectura.

Academia Boliviana de la Lengua
Correspondiente de la Real Española

Este volumen se terminó de imprimir
el mes de abril de 2024 en la imprenta
"Beltran: Impresiones y estrategias"
Calle Fray José Veñasco N° 1743
Tel. 2200959, La Paz.
e-mail: gobeltran@gmail.com



ANUARIO
32